



Práxis Educativa (Brasil)

ISSN: 1809-4031

praxiseducativa@uepg.br

Universidade Estadual de Ponta Grossa
Brasil

Suasnábar, Claudio

LA REFORMA UNIVERSITARIA DE CÓRDOBA DE 1918: una mirada histórica de la relación entre
intelectuales, universidad y política en la Argentina

Práxis Educativa (Brasil), vol. 4, núm. 1, enero-junio, 2009, pp. 51-61

Universidade Estadual de Ponta Grossa
Paraná, Brasil

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=89415700006>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

LA REFORMA UNIVERSITARIA DE CÓRDOBA DE 1918: una mirada histórica de la relación entre intelectuales, universidad y política en la Argentina

Claudio Suasnábar*

Resumo

A Reforma Universitária de Córdoba em 1918: um olhar histórico da relação entre intelectuais, universidade e política na Argentina

Este artigo analisa as relações entre intelectuais, universidade e política na Argentina a partir da discussão acerca da vitalidade dos postulados da Reforma Universitária de Córdoba de 1918. Para isso, em primeiro lugar, o trabalho argumenta as razões da longa vigência da identidade reformista como forma de intervenção dos intelectuais. Em segundo lugar, apresenta os questionamentos atuais a essa identidade, associados ao projeto de regeneração universitária e ao modelo da relação entre intelectuais e política.

Palavras-chave: Universidade. Intelectuais. Política educacional.

Resumen

Este artículo analiza las relaciones entre intelectuales, universidad y política en la Argentina a partir de discutir la vigencia de los postulados de la Reforma Universitaria de Córdoba de 1918. En esta dirección, el trabajo argumenta en primer lugar, las razones de la larga vitalidad que tuvo la identidad reformista como forma de intervención intelectual. Y en segundo lugar, los motivos por los cuales esa identidad en la actualidad se encuentra cuestionada no sólo como proyecto de regeneración universitaria sino más profundamente como modelo de relación entre intelectuales y política.

Palabras claves: Universidad. Intelectuales. Política educativa.

Abstract

This article analyzes the relationship between intellectuals, university and politics in Argentina having as a starting point the discussion on the vitality of the postulates of the 1918 University of Cordoba Reform. Firstly, the paper discusses the reasons for the long duration of the reformist identity as a form of intervention by intellectuals. Secondly, it presents the current questions addressed to this identity which are associated with the project of university regeneration and to the model of relationship between intellectuals and politics.

Keywords: University. Intellectuals. Educational Policy.

Como todos los rituales, las conmemoraciones y/o los aniversarios cumplen una doble función: por una parte, tienen por misión generar ese lazo de continuidad histórica entre generaciones diferentes, y por otra, simultáneamente tienden a reafirmar una identidad, o mejor dicho, un sentimiento de pertenencia a cierta comunidad imaginaria. Ahora bien, la eficacia simbólica de todo ritual no está asegurada por la sola repetición sino, por el contrario, supone ciertas condiciones que hagan de ese acto repetido, una situación vivida como actual, como propia o excepcional, aún (y sobre todo) para los no iniciados. Las conmemoraciones pueden entonces, expresar un ritual hoy vacío de contenido, un acto que busca reforzar significaciones pasadas o bien un intento por generar nuevos sentidos. Por ello, es que las conmemoraciones también son campos de disputa en la medida que esas significaciones confieren o proyectan ciertas legitimidades en el tiempo presente.

La conmemoración del noventa aniversario de la reforma universitaria del 1918 en cierto modo nos enfrenta con la pregunta por la vigencia o la declinación de aquellas ideas que, sin lugar a dudas, moldearon en el pasado la configuración de la universidad argentina. En este sentido, más que responder taxativamente este interrogante, el presente trabajo intenta explorar de manera ensayística el derrotero de ciertos "núcleos de significación" que, en distintas coyunturas históricas, desde mi punto de vista, generaron ese sentido de pertenencia, y a la vez, de continuidad histórica.

De las múltiples cuestiones que condensa la reforma universitaria nos interesa focalizarnos en un aspecto particular como es la relación conflictiva que han tenido (y tienen) los intelectuales universitarios con la política. Inserto en un campo problemático por demás complejo, el argumento que quiero desarrollar se plantea como una mirada histórica de largo plazo de cómo la Reforma Universitaria y la tradición

* Dr. en Ciencias Sociales (FLACSO/Argentina). Profesor de Política Educativa y Director del Departamento de Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata (Argentina). E-mail: csuasnabar@gmail.com

que se inicia con ella, no solamente moldeó cierta “sensibilidad” (estructura de sentimientos), “creencias y valores” (imaginarios) y “orientaciones a la acción” (formas de intervención) de los intelectuales universitarios hacia la política sino también cómo las diferentes coyunturas históricas del país, sus cambios socio-políticos y las propias transformaciones de la universidad fueron reconfigurando esa matriz identitaria inicial que en el devenir del tiempo se manifestó en la emergencia de diversos tipos de intelectuales que asumirán diferentes modalidades de intervención política.

Planteado de esta forma, el ensayo intentará argumentar en primer lugar, el porqué de la larga vitalidad que tuvo esta identidad reformista como forma de intervención intelectual. Y en segundo lugar, y más en términos de hipótesis intentará señalar las razones por las cuales esa identidad en la actualidad se encuentra fuertemente cuestionada no solamente como proyecto de regeneración universitaria sino más profundamente como modelo de relación entre intelectuales y política.

La exposición está organizada en dos secciones: la primera de carácter más conceptual donde planteo algunas reflexiones generales sobre la relación entre intelectuales y política que, más que aportar elementos nuevos a una discusión que excede largamente este modesto ensayo, tiene por función explicitar el punto de vista desde donde quiero explorar el derrotero de la identidad reformista y sus implicancias en este campo problemático. En la segunda sección me propongo explorar algunos momentos o puntos de inflexión en las transformaciones del vínculo entre Estado, universidad e intelectuales que, sin ánimo de realizar una historia hasta ahora solo parcialmente investigada, apunta a poner en perspectiva las dos hipótesis básicas que orientan el trabajo. Hacia el final, retomando los argumentos expuestos se presentan una serie de reflexiones que se proyectan como preocupación sobre las transformaciones actuales que atraviesan las ciencias sociales.

Intelectuales y política como campo problemático

En parte como efecto del llamado “giro lingüístico” en las ciencias sociales, y otro poco impulsado por la renovada preocupación en el campo de la historiografía por el papel de las elites culturales en los procesos socio-históricos, lo cierto es, que la cuestión de los intelectuales viene animando un debate cuya historia se confunde con el origen y surgimiento del término que designa a esta figura en las sociedades modernas. En este sentido, la idea de un campo problemático parece ajustarse perfecta-

mente al estado de dispersión y controversias que atraviesa este conjunto de temas y problemas, los cuales se resisten a localizarse o inscribirse en alguna disciplina en particular (historia, sociología, crítica literaria, etc.) y que a falta de consensos privilegian la más modesta y ambigua definición de un campo de estudios como el de “historia intelectual”¹.

En buena medida, las dificultades y limitaciones mencionadas radican en la profusión de definiciones que rodean la categoría de intelectual y sus implicancias en relación con la política, que como bien señala Carlos Altamirano (2006) no ha estado exenta de una fuerte carga normativa que ha condensado en esta noción a lo largo del tiempo. Como apuntamos al inicio, no es nuestra intención participar en ese debate por demás complejo, sino más modestamente explicitar el punto de vista desde donde queremos explorar las huellas que dejó la identidad reformista en la relación entre intelectuales universitarios y política, o formulado de otra manera, el vínculo entre actividad intelectual (de conocimiento y saberes) por un lado, y la voluntad de intervenir o influir sobre las decisiones en la esfera política.

Ciertamente, esta relación recorre de distintas maneras el conjunto de producción teórica sobre el tema, sin embargo, es posible identificar tres grandes líneas de indagación que, si bien se solapan entre sí, por otro lado, dan cuenta de ciertos énfasis o preocupaciones principales que habilitan agrupar autores diferentes. Aunque ya es un lugar común, vale aclarar que toda clasificación es arbitraria y ésta no es la excepción, no obstante, la intencionalidad de la misma busca más hacer explícito el posicionamiento del autor que erigir tipologías o competir con otras ya realizadas.

Planteado como una suerte de “mapeo” de sesgos teóricos podemos identificar una primera línea de indagación que llamaremos de corte “epistemológica” en la medida en que su preocupación central está orientada a dilucidar los parecidos y diferencias entre el “saber intelectual” y el “saber de la política”, en explorar las direcciones de causalidad cruzada entre ambos tipos de saber. A este primer grupo pertenecen los trabajos clásicos de Max Weber sobre la relación entre ciencia y política, de Alexis de Tocqueville en sus comentarios sobre el rol de los *philosophes* como políticos en la revolución francesa y de Karl Marx en sus estudios sobre los ideólogos y su relación con la lucha de clases, delinean las primeras coordenadas de esta problemática².

Una segunda línea de indagación que, si bien hunde sus raíces en la anterior, su preocupación puede caracterizarse como más “sociológica” en la medida que sus preguntas se orientan al análisis de

¹ Véase: Palti (1998); Pocock (2001) y Altamirano (2005).

² Véase: Weber (2003) y Tocqueville (1969).

los intelectuales como categoría social. En el esfuerzo por dilucidar quienes son los intelectuales se evidencia en la construcción de diversas tipologías, en explorar sus formas de socialización, en caracterizar las instituciones de formación y los espacios sociales de actuación. En esta segunda línea podemos ubicar los trabajos clásicos de Robert Merton y de Joseph Ben-David que inauguran la sociología de la ciencia y el estudio de los científicos en las sociedades modernas, los trabajos de Lewis Coser que analiza las diferentes instituciones donde transitan y transitaron los “hombres de ideas”, los trabajos iniciales de la sociología del conocimiento y la especificidad de la “intelligenstia” de Karl Mannheim, los estudios de Raymond Williams sobre las “formaciones” y “tradiciones” intelectuales, y obviamente las aportaciones de Pierre Bourdieu y sus sociología de los campos intelectuales, entre muchos otros³.

Finalmente, una tercer línea de indagación tributaria de la anterior pero que se diferencia por estar más volcada a comprender los “procesos de gobernanación social” desde el papel de los intelectuales (en sentido amplio) y los saberes especializados en la conformación de las elites gobernantes, de la burocracia estatal, y en términos más específicos, de los procesos de producción y generación de políticas. En cierta forma, esta corriente está más preocupada por la “y”, esto es, por el vínculo o nexo entre intelectuales y política, que por las diferencias entre ambos polos de la relación. Si bien esta preocupación ya está presente en los trabajos clásicos de Antonio Gramsci, en los últimos años motorizados por diferentes inquietudes esta cuestión ha sido retomada desde corrientes tan diversas como los *gubernamental studies* de cuño foucaultiano o de aquellos que abrevan en el neo-institucionalismo, pasando por las reflexiones más recientemente de Zigmund Bauman (1995) entre muchos otros⁴. Es precisamente desde este sesgo que intentaremos abordar la problemática en este ensayo.

Estado, Universidad e intelectuales: etapas de una relación conflictiva

Intelectuales y reformismo liberal

La conformación del Estado Nacional a fines del siglo XIX en el marco de orden oligárquico-liberal delineó el perfil de nuestras primeras universidades como ámbitos orientados a la formación de las elites políticas e intelectuales. Esta nueva función fue el motor de la creación de la Universidad de Buenos Aires en el período pos-independentista, y más cla-

ramente, en la fundación de la Universidad de La Plata. En cuanto a la Universidad de Córdoba si bien su nacionalización marcará una progresiva reconfiguración institucional, las marcas de su pasado colonial seguirán pesando tal como lo cuestionarían los estudiantes cordobeses.

Estas instituciones fueron las que erigieron lo que podríamos llamar la segunda generación de intelectuales que Eduardo Zimmermann (1995) caracterizó muy acertadamente como de “reformismo liberal”, y que se diferencia de aquella primera generación representada por Sarmiento, Alberdi y Mitre, entre otros, de “intelectuales-políticos” en la medida que fueron “hombres de ideas”, y a la vez, “hombres de acción”. Como señala Halperín Donghi estos intelectuales fueron lo que pensaron “una nación para el desierto argentino” que a falta de actores sociales que motorizaran aquella voluntad fundadora, utilizaron sus ideas y proyectos para impulsar esa construcción social⁵. Así, la estrecha vinculación entre la intervención intelectual y acción política resulta evidente en el caso de Mitre que inauguraría la historiografía nacional o el de Sarmiento difusor e impulsor de la educación, llegando ambos a la presidencia de la república. Quizás el caso de Alberdi sea el menos exitoso como político pero es indudable su influencia como constituyente y redactor de la constitución nacional.

Los intelectuales de la segunda generación representada por el reformismo liberal construyeron un tipo diferente de relación entre la acción política y la actividad intelectual donde la universidad ocupó un lugar privilegiado. Nos referimos a intelectuales como Joaquín V. González, José Ramos Mejía, Ernesto Quesada, Juan Agustín García, José Ingenieros, Enrique del Valle Iberlucea que, pese a sus diferencias pensaron la política asociada a la necesaria generación de saberes y conocimientos especializados como parte de las tareas orientada a la gobernanación social. Es por ello, que tuvieron también un fuerte papel en la construcción de distintas agencias estatales como también en la actividad académica universitaria donde fueron promotores y difusores de ese conjunto de conocimientos y saberes que se plasmarían en nuevas cátedras, carreras y revistas especializadas. Así, la creación de agencias estatales en las áreas de salud, derecho, educación y trabajo, entre otras, fue paralelo a la conformación e institucionalización de campos académico-disciplinarios que tomaron como referencia la población como forma de respuesta al problema de la “cuestión social” que emergía con fuerza en la Argentina del centenario.

³ Véase: Coser (1968); Merton (1977); Ben-David (1983); Mannheim (1962); Williams (1980, 1994); Bourdieu (1967, 1983).

⁴ Véase: Gramsci (1997); Foucault (1991, 2007); Neiburg y Plotkin (2005).

⁵ En palabras del autor “(...) de lo que comenzó por ser un proyecto formulado en los escritos de algunos argentinos cuya única arma política era su superior clarividencia” (Halperín Donghi, 1997, p. 8).

Si desde el punto de vista político, el reformismo liberal configuró una modalidad de intervención que se asentaba en el consenso respecto de la necesidad de introducir cambios en las instituciones de política social, y por ende, se alejaba de los principios del *laissez faire* que caracterizaba al liberalismo decimonónico, dicho consenso se apoyó en el plano de las ideas en la fuerte influencia del positivismo (o como prefiere caracterizarlo Oscar Terán de “cultura científica”)⁶ que asignaba a la universidad un lugar privilegiado para el formación y difusión de esa racionalidad regenerativa que contenía los nuevos saberes científicos. Precisamente, fueron estos consensos los que atraviesan este heterogéneo segmento de intelectuales que con diferentes matrices ideológicas (católicos, socialistas, liberales) coincidieron en esta sensibilidad de reformar las instituciones estatales, y por ello con más o menos críticas al orden oligárquico pensaron la acción política como una disputa al interior de una elite ilustrada, hecho que marcaría buena parte del cuestionamiento que realizaría los estudiantes universitarios en 1918.

La Reforma Universitaria de Córdoba y la nueva relación entre intelectuales y política

Como se sabe, la emergencia de las clases medias y los cambios socio-culturales que supuso el movimiento de ascenso social pusieron en crisis el orden oligárquico liberal pero las instituciones y saberes gubernamentales que diseñaron esta segunda generación de intelectuales, lejos de desaparecer progresivamente se fueron ampliando y expandiendo. Esta diferenciación y complejización de la sociedad argentina de comienzos del siglo XX ciertamente fue el resultado de la acelerada urbanización, de la terciarización de la economía y no menos importante aún de la expansión de la educación primaria y secundaria (CHIROLEU, 2000).

Muy tempranamente las clases dominantes tomaron conciencia que dicha expansión educativa amenazaba el monopolio de estos sectores sobre la universidad como ámbito de formación de las elites políticas. En esta preocupación se inscriben los distintos intentos de reforma del sistema educativo que como la Reforma Saavedra Lamas en 1916 buscaron diversificar el nivel medio que posibilitara “desviar” el acceso de estos sectores medios en ascenso a la educación superior. No es casual, que una de

las primeras medidas del radicalismo (expresión de estos nuevos sectores sociales) cuando accede al gobierno haya sido la derogación de esta reforma y el mantenimiento del carácter enciclopédico y humanista del currículum del nivel medio cuya única finalidad consistía en preparar para los estudios universitarios (TEDESCO, 1993).

El movimiento de la reforma universitaria de 1918 claramente se inscribe en el conjunto de estas tensiones políticas y sociales que atraviesan la primera experiencia de democracia política en nuestro país. En este sentido, las críticas al gobierno universitario que enarbolaran los estudiantes cordobeses fueron la expresión en el plano educativo de las demandas de participación política al interior de la universidad, institución donde todavía mantenían el control los sectores dominantes.

No es mi intención hacer un análisis histórico de la reforma de 1918 sino más bien señalar cómo los principios que introduce este movimiento adquieren su significación en la particular coyuntura que caracteriza este primer experimento democrático y el ascenso de nuevos sectores sociales. Así, la idea del co-gobierno recupera metafóricamente el modelo de la república democrática donde el “pueblo” está representado por los claustros, mientras que los consejos superiores y académicos adquieren simultáneamente la forma de “parlamentos”, y de “gobierno” universitario. Esta forma de concebir el “demos” universitario se asentó en el supuesto tácito de la relación virtuosa entre *democracia*, *saber* y *autoridad* donde el primer término se planteaba como expresión de la participación de todos los claustros que basa su autoridad no solo en la representatividad sectorial sino también en el reconocimiento de un saber o competencia legítima, de tal forma, la autoridad del co-gobierno intenta sintetizar democracia y saber académico⁷. Estrechamente ligada al co-gobierno, la idea de autonomía no solo expresó la reivindicación de independencia frente al Estado sino también la voluntad de dar a la vida universitaria un estatus autónomo respecto de los partidos políticos.

De este modo, la reivindicación de la participación en el gobierno bajo los principios de la democracia (demos universitario) generó no solamente un modelo de gestión institucional sino que el mismo se transformó en un proyecto político que desbordó la

⁶ Refiriéndose a este segmento intelectual Terán señala que “(...) se privilegió a su vez a quienes formaron en las filas de la “cultura científica”, designación que indica aquel conjunto de intervenciones teóricas que reconocen el prestigio de la ciencia como dadora de legitimidad de sus propias argumentaciones.” Véase: Terán, O. *Vida intelectual en Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la “cultura científica”*. Buenos Aires: FCE. 2000. pag. 9.

⁷ Este modelo típico ideal del reformismo presenta las mismas críticas y limitaciones que se le pueden realizar a toda concepción democrática liberal de gobierno: individualismo metodológico, igualitarismo formal e ideal del bien común. Lejos de cumplirse, este ideario en la práctica se asemeja más a una democracia “restringida” regulada corporativamente y legitimada por el voto censitario, que a una verdadera democracia liberal. Lo paradójico de esta situación es la recurrencia en el discurso de casi todos los actores académicos a esta metáfora del “demos” universitario. Las tensiones no son nuevas, sino que son constitutivas del propio modelo reformista.

universidad y se proyectó como una voluntad política de transformación social. Dicho de otra manera, la reforma configuró a la universidad como actor político y otorgó un espacio de intervención política a los intelectuales no necesariamente articulado a los partidos políticos.

La difusión latinoamericana de esta amalgama de ideas es la que permitió en otros países transformarse en el germen de partidos y movimientos políticos como en Perú con Haya de la Torre y en Cuba por Martí⁸. En Argentina en cambio pese a los intentos de Julio V. González, de Alejandro Korn y hasta del mismo Deodoro Roca, quienes fieles a esa idea de autonomía buscaron conformar un partido de la reforma que finalmente no se concretaría. No obstante, esa misma amalgama de ideas permitió cobijar bajo un mismo techo a intelectuales universitarios que como los nombrados posteriormente se identificarían con el socialismo, el anarquismo, el comunismo, el radicalismo, y hasta liberales y católicos (GRACIANO, 2007).

Con todo, este heterogéneo segmento de intelectuales mantendrá una tensionada relación con los partidos políticos, la cual se expresará en momentos de distanciamiento y conflicto con otros de mayor acercamiento. En cierta forma, esa combinación de orígenes plebeyos de capas medias en ascenso e ideario reformista no siempre conjugó con la cultura política nacional, y por ello que inversamente también generó desconfianzas en las organizaciones políticas hacia los universitarios.

Peronismo, universidad e intelectuales

La llegada del peronismo y el fuerte intervencionismo que ejercería sobre la universidad no harían otra cosa que reavivar esta identidad reformista que, desde los años posteriores a la reforma y particularmente durante la Década Infame, comenzaba a ser fuertemente cuestionada ya no solo por los sectores conservadores sino también al interior de los universitarios reformistas. Como señala Pablo Buchbinder (2005) hacia finales de los años treinta comienza a generarse “una creciente insatisfacción en torno de las prácticas académicas y políticas que había introducido la Reforma en la vida universitaria” que se manifestó en “una lectura crítica del faccionalismo y electoralismo” derivados de los cambios en el gobierno de la institución. En rigor, este descontento expresaba las limitaciones de la supuesta relación virtuosa entre democracia, saber y autoridad que en la práctica terminaba superponiendo criterios académicos y políticos que cuestionaban desde el punto de vista moral los mecanismos de asignación

de cargos docentes.

El golpe militar de 1930, si bien intervino brevemente las universidades y desgargó una fuerte represión sobre los sectores de la izquierda reformista, los años posteriores estuvieron marcados por la vigencia de los postulados de la reforma los cuales fueron modificando la configuración de las universidades. Derivado de la idea de autonomía, la particular relación entre vida política y la universidad que asumieron los intelectuales reformistas se manifestó en una suerte de estrategia que básicamente consideraba compatibles las tareas de democratización y transformación de la universidad con el orden político vigente durante la década infame.

Pese a estos cuestionamientos, lo cierto es que, durante este período los cambios que introduce la reforma posibilitaron un lento proceso de renovación del cuerpo de profesores en las universidades que vía la ampliación del número de profesores, de la inclusión de la figura de la docencia libre y en cierta modificación de los criterios de reclutamiento hacia una mayor valoración de espíritu científico, marcan la consolidación de los sectores medios en el control de la universidad como mecanismo de ascenso social⁹. Restringida a ciertas áreas de conocimiento, la institucionalización de la actividad científica que se inicia en estos años no modificaría sustancialmente el perfil profesionalista de las universidades.

El movimiento militar de 1943 y el ascenso de Perón al gobierno marcaría un punto de inflexión que se manifestaría en una fractura social y política entre dos campos de fuerzas que alinearía por un lado, a sindicatos, Iglesia, sectores nacionalistas y fuerzas armadas, y por otro, un amplio espectro de partidos políticos, organizaciones empresarias y clases medias. La universidad y la intelectualidad reformista claramente se ubicarían en este segundo campo que visualizaba en el peronismo, la versión vernácula de los autoritarismos europeos que, en la escena internacional signada por la segunda guerra, las fuerzas democráticas combatían contra estas expresiones. Es por ello que en su gran mayoría la intelectualidad universitaria no solamente dio su espalda al nuevo movimiento político sino que luchó activamente contra él.

No es casual, entonces, que el peronismo haya prestado especial atención al sistema educativo y a la universidad en su propuesta de transformación social. Esta voluntad fundacional en el caso de

⁸ Para una visión panorámica de las influencias de la reforma universitaria en América Latina véase Portantiero (1987).

⁹ “Un análisis un tanto más minucioso tal vez permita observar (apunta Buchbinder) que desde 1918 se produjo un desplazamiento en el control de las instituciones académicas desde elites cuyo rasgo esencial esta signado por el ejercicio de la política a corporaciones especializadas que se definían principalmente por la práctica de su profesión y que aspiraban a dominar los mecanismos de ascenso social vinculados con la vida universitaria que, por otro lado, también estaban interesados en limitar.” (p. 139).

las instituciones académicas se orientaría a poner bajo control estatal la vida universitaria a través de una política que combinaría la represión y cesantías de profesores y alumnos con el rediseño institucional a través de la Ley Guardo en 1947 que desmontaría el modelo de reformista (PLOTKIN, 1993; PRONKO, 1997). Frente a la dificultad de cooptar universitarios, el peronismo reclutó sus intelectuales dentro del nacionalismo católico otorgando un perfil claramente conservador y autoritario. Con todo, el peronismo tuvo más suerte en el reclutamiento de otros segmentos intelectuales del campo de la cultura como Homero Manzi y Enrique Santos Discépolo o en los márgenes universitarios como el caso de Arturo Jauretche y de Hernández Arregui que construyeron un perfil de "intelectual anti-intelectual" que identificado con las masas cuestionaría el divorcio de los "intelectuales liberales" (SIGAL, 2002).

En la convergencia de estos elementos políticos y culturales hay que buscar las causas de este reforzamiento de la identidad reformista que desplazaría los cuestionamientos presentes con anterioridad en favor de una visión que reivindicando los principios de autonomía y co-gobierno se insertaría en la polarización entre democracia y totalitarismo que consideraban central los sectores opositores al peronismo. Asimismo, durante la década peronista comienza a cristalizarse un comportamiento que se volvería recurrente en amplias franjas del campo intelectual que sería la conformación de espacios académicos extra muros universitarios como forma de preservación y de dar continuidad de las actividades intelectuales. En este sentido, el Colegio Libre de Estudios Superiores y la aparición de la Revista *Imago Mundi* marcan el inicio de una modalidad de intervención intelectual que desde afuera de la universidad se proyectaría como voluntad de intervención política.

Ciertamente, los rasgos que señalamos no pueden extrapolarse a todas las universidades ni mucho menos al conjunto de los universitarios. La historia de la universidad durante el peronismo hasta hoy está lejos de haberse estudiado con la profundidad necesaria, y quizás haya que restringir estas notas a las situaciones propias de las universidades de Buenos Aires y La Plata donde muchos de ellos fueron expulsados, cesanteados y otros optaron por renunciar. Más complejo y menos lineal fueron los derroteros seguidos en las universidades del Córdoba, Litoral y Tucumán donde convivieron diferentes segmentos intelectuales en tiempos del peronismo, lo cual muestra una vez las diferencias en las dinámicas institucionales de las universidades.

Intelectuales, universidad y radicalización política en los años 60 y 70.

El derrocamiento del peronismo y la llegada al gobierno de ese abigarrado conjunto de fuerzas políticas y sociales que encabezó la Revolución Libertadora marcará el paso de la identidad reformista como forma de resistencia característico del período anterior al despliegue y desarrollo de dichas ideas que se plasmará en un ambicioso proyecto de renovación universitaria. Si para muchos de los contemporáneos este momento fue vivido como una suerte de "restauración reformista" que posibilitaría no solo "desperonizar" la universidad de aquellos elementos del antiguo régimen sino también operar un proceso de modernización universitaria en el marco de la tradición de la reforma del 18, lo cierto es que, esta voluntad refundadora estaría atravesada por crisis de legitimidad política y no menos importante por el nuevo clima intelectual que caracterizarán estos años (SUASNÁBAR, 2002).

Así, desde la década del cincuenta hasta mediados de los setenta las cuestiones de la modernización y el desarrollo ocuparían el centro de las preocupaciones políticas e intelectual, cuestiones que al calor de los cambios políticos nacionales e internacionales se transformaría en un amplio y acelerado proceso de radicalización política y activación social. En ese marco, las ideologías del desarrollo no solo replantearon el papel de Estado como agente de las transformaciones socio-económicas sino también pusieron en primer plano la importancia de la universidad como formadora de recursos humanos y productora de conocimiento científico. No es casual que este período se haya caracterizado por una modernización de la universidad que incluirá una serie de procesos como la expansión matricular, la introducción del modelo departamental orientado a la investigación y el inicio de un incipiente proceso de profesionalización académica a través del aumento de las mayores dedicaciones.

Como parte de esta modernización universitaria, la institucionalización de las ciencias sociales modernas a través de la creación de las carreras de sociología, economía, psicología y ciencias de la educación que emergen estrechamente asociadas a las nuevas tecnologías de gobierno como la planificación económico-social y el planeamiento educativo. Las nuevas carreras, ciertamente, se diferenciarán de las humanidades clásicas no solo por la introducción de los métodos estadísticos en la investigación empírica sino también porque son carreras que suponen una práctica profesional en ámbitos estatales y privados. Es en este contexto que hay que ubicar la emergencia de otro tipo de intelectual como es el "especialista" o "experto" que se constituiría rápidamente en la modalidad dominante

al calor de la influencia de las ideas del desarrollismo que construirá una legitimidad para su intervención desde una pretendida separación entre lo político y lo técnico.

El golpe militar de 1966 y la intervención universitaria marca un punto de ruptura del proyecto de modernización y a la vez el inicio del proceso de radicalización política que en plano universitario rápidamente se manifestará en el desplazamiento de la idea de “universidad para el desarrollo” por la de “universidad para la liberación”. Asimismo, frente a la declinación del especialista ahora cuestionado por su carácter tecnocrático, emergerá la figura del “intelectual comprometido” que en el extremo construirá su legitimidad a través de la subsunción de lo político por sobre la actividad intelectual. Paradojas de la historia tanto el especialista como el intelectual comprometido coincidirán en visualizar a la universidad como un actor central en las disputas societales. El retorno del peronismo al gobierno y la traumática experiencia universitaria de los años 1973-1974 mostrará a su vez los límites de los sectores radicalizados para pensar una transformación académica.

Hoy resulta evidente que la politización de los universitarios en la década del setenta marcó la declinación de la identidad reformista como modalidad de intervención política, sin embargo, es necesario señalar que los cuestionamientos ya estaban presentes desde los inicios del proceso modernización. Al respecto, el trabajo de Prego y Estebañez (2002) sobre la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la UBA muestra las tensiones al interior de los sectores progresistas que percibieron el carácter conflictivo (y hasta contradictorios) de los principios reformistas en relación con los criterios que suponía el desarrollo científico y la modernización académica.

Intelectuales universitarios en los años de exilio, la dictadura y la transición democrática.

El golpe militar de 1976 constituye indudablemente un “parteaguas” en la historia nacional no solo por el grado represión alcanzado por el terrorismo estatal sino también por la profunda reestructuración socio-económica y cultural que sometería el régimen militar al conjunto de la sociedad argentina. Dichos cambios significarán para la universidad un punto de ruptura en los procesos de modernización y de desarticulación del campo intelectual. Así, la represión física y el control ideológico que la dictadura descargará sobre la universidad marca el inicio de un proceso acelerado de vaciamiento del ámbito universitario como espacio académico y cultural. Para amplias franjas de intelectuales, profesionales

universitarios e investigadores, la irrupción de la dictadura militar conllevó, en algunos casos el camino del exilio forzoso, para otros -los que permanecieron en el país- supuso el desarrollo de diferentes formas de sobrevivencia y de disidencia intelectual cuando ésta era posible, mientras que muchos otros, sufrieron en carne propia la prisión, la tortura o la muerte.

Este momento de regresión y vaciamiento de la universidad producida por los militares, sin embargo, desde otro punto de vista también fue un período para los intelectuales universitarios de profunda revisión crítica de los años de radicalización política que, como se señaló antes, tuvo uno de sus epicentros en la universidad. Quizás el rasgo más importante que caracteriza este período haya sido la producción intelectual que traerá aparejado los debates y controversias respecto de la “derrota” de los proyectos políticos que se plantearon una transformación social profunda, los cuales tuvieron su expresión al interior de las ciencias sociales, y particularmente dentro del marxismo. Al respecto, el libro de Cecilia Lesgart (2003) da cuenta claramente del derrotero seguido por estos debates que, como señala la autora, derivarán en un cambio de la problemática que se expresarán primero en el desplazamiento de la cuestión de la revolución hacia la cuestión de la democracia, y luego al problema teórico-político de la “transición a la democracia”, todas cuestiones que conllevarán a su vez una modificación en las formas de pensar la política¹⁰.

En el caso de los intelectuales exiliados, este movimiento en el plano de las ideas se dio paralelo a un proceso de profesionalización académica que supuso la formación de postgrado y la socialización en formas sistemáticas de producción de conocimiento, ambos aspectos que contribuyeron a la “desprovincialización” de los debates teóricos y políticos impulsados tanto por las redes académicas internacionales como por las nuevas formas de financiamiento de la investigación que asoman por estos mismos años. De tal modo, la confluencia de aquellos debates teórico-políticos y estos procesos de profesionalización están en la base del surgimiento de un tipo de intelectual diferente como es la del “investigador universitario” que desde el retorno a la democracia se irá expandiendo y consolidando como una de las formas dominantes del campo académico.

Para muchos otros intelectuales, el exilio impuesto por la dictadura supuso buscar nuevas inserciones como en los organismos internacionales que

¹⁰ Ciertamente es que la situación de diáspora y de desarticulación del espacio intelectual delineará los límites y posibilidades en que se desarrollaran estos debates, los cuales tendrán lugar en diferentes espacios geográficos (en el exilio y dentro del país), en diferentes ámbitos institucionales (universidades extranjeras, organismos internacionales, grupos de estudio, etc.) y en diferentes temporalidades puesto que los tiempos de reflexión fueron diferentes según donde estuvieron.

sirvieron de paraguas protector para muchos investigadores universitarios. En este sentido, las agencias internacionales como la CEPAL y la UNESCO junto con las redes académicas de CLACSO y FLACSO cumplirían en la región latinoamericana un papel destacado en la generación de vías de salida de los países —en algunos casos— y de ofrecer alguna cobertura política y recursos económicos en otros, de numerosos intelectuales e investigadores que permanecieron en sus países. Desde nuestra perspectiva, lo característico de este segmento es la emergencia de tipo de “intelectual-funcionario” que como figura bifronte asumirá diferentes modalidades de intervención donde convivirá lo que podemos llamar un registro discursivo “oficial” con otro claramente académico. Sin embargo, esta relativa autonomía que ponen de manifiesto estas tensiones se irá progresivamente diluyendo hacia fines de los ochenta (SUASNÁBAR, 2007).

El retorno a la democracia marca el inicio de un período de reconstrucción de los espacios universitarios y de reapertura del debate intelectual donde confluirán las distintas trayectorias y experiencias de los intelectuales universitarios en el exilio y de aquellos que desde dentro del país desarrollarían diferentes formas de disidencia intelectual¹¹. Lejos de ser armoniosa, los debates sobre la normalización universitaria y las políticas hacia el sector en el período de transición coincidirían en la necesidad de democratizar la vida universitaria a partir de los principios de la reforma universitaria. De tal forma, y pese a los procesos de cambio reseñados y las grandes transformaciones operadas en las universidades desde los años sesenta, el ideario reformista nuevamente aparecía como el modelo institucional a seguir por las universidades. No obstante, este remozado reformismo no será acompañado de una regeneración de la identidad reformista como modalidad de intervención intelectual que como apuntamos en la sección anterior ya estaba en franca declinación en los setenta.

La universidad e intelectuales después de los 90: entre la tecno-burocratización de la política y mercantilización del conocimiento.

La reforma neo-liberales a comienzos de 1990 conllevaron una profunda transformación económica y social a partir de un cambio sustancial en la relaciones entre Estado y sociedad que, ciertamente también modificaron la configuración de las universi-

dades y sus vínculos con la esfera estatal, sus dinámicas de funcionamiento y las pautas de comportamiento del campo académico e intelectual.

En este sentido, podemos decir que la pérdida de centralidad del Estado como articulador de las relaciones sociales a favor del mercado tuvo como una de sus consecuencias el vaciamiento de contenido de la política como orientador y catalizador de las demandas sociales. No obstante, lejos de pensar que el retiro y desmonte estatal supuso una pérdida de capacidad de gobernar (en el sentido foucaultiano) lo que se observa es la complejización y diferenciación de las funciones de gobernanza social. Paralelamente, el declive de las formas tradicionales de hacer política que caracterizaron la matriz estado-céntrica, es correlativa a la progresiva tecno-burocratización en los procesos de producción, diseño y toma de decisiones de política.

Las reformas de educación superior claramente se inscriben en estas orientaciones que en el caso de las universidades supuso la introducción como dispositivos de control y regulación de mecanismos de evaluación y la distribución competitiva del financiamiento. Estos cambios ciertamente marcan en el plano de las instituciones una pérdida de relevancia de los órganos colegiados de gobierno y la emergencia de nuevos actores en la definición de políticas como las burocracias estatales, los mandarinatos académicos y los organismos de amortiguación. Por otro lado, los procesos de expansión matricular, diferenciación institucional y privatización de la educación superior conviven con un desarticulado desarrollo del postgrado y políticas de estímulo a la investigación no necesariamente asociados a estrategias claras de institucionalización y profesionalización académica.

En buena medida, la convergencia de las transformaciones reseñadas delinean una serie de tendencias que están reconfigurando las ciencias sociales, las cuales si bien no son nuevas puesto que ya estaban presente desde los primeros años de democracia, se profundizarían en la década de los noventa.

En primer lugar, la ampliación de la base institucional por fuera del ámbito universitario que se manifiesta en la presencia de nuevas agencias tales como los organismos internacionales, las fundaciones del campo económico, centros privados de investigación y los “think tank”. En segundo lugar, la pluralización de los usuarios potenciales de conocimientos especializados parece ser el consecuencia obligada de esta ampliación institucional que se manifiesta no solo en perfiles diferentes sino también diferentes formas de producir conocimiento (trabajos de consultoría, informes técnicos, sistematización de datos). En tercer lugar, la disponibilidad de una masa de egresados sumado a la ampliación de la

¹¹ La Revista *Punto de Vista* y otras publicaciones como *Perspectiva Universitaria* junto con otras experiencias como los grupos de estudio conformarían lo que Gregorio Klimovsky llamaría la “universidad de las catacumbas” Véase Sábato, 1996 y Altamirano, 1996.

base institucional parecerían estar marcando la expansión de un mercado laboral de compra y venta de servicios profesionales.

Resumiendo estas tendencias, podemos señalar que la tecno-burocratización de la política y la mercantilización del conocimiento configuran lo que llamaremos estado de “disponibilidad” o “situación de mercado” de los intelectuales. Precisamente son estas nuevas condiciones las que a nuestro juicio están en la base ya no solo del agotamiento de la identidad reformista como modalidad de intervención intelectual sino más importante aún en el cambio del rol de los intelectuales-expertos y en su ascenso como agentes de gobernación social.

Reflexiones finales

Llegado a este punto, creemos que la mirada histórica de largo plazo sobre las sucesivas resignificaciones de la identidad reformista que hemos desarrollado en las páginas precedentes habilitan esbozar algunas razones que explican la larga vitalidad de esta forma de intervención intelectual como también argumentar por qué en la actualidad consideramos ese núcleo de sentido ha perdido vigencia. Más en un tono de preocupación hacia el final se presentan una serie de reflexiones que se desprenden de las tendencias de cambio recientes.

En primer lugar, es evidente que una de las causas de permanencia de la identidad reformista radica en la ductilidad de las mismas ideas que le dieron origen. Así, el principio de co-gobierno generó no solamente un modelo de gestión institucional sino que el mismo se transformó en un proyecto político que desborda la universidad y se proyecta como una voluntad política de transformación social. Por su parte, la idea de autonomía que configura a la universidad como un ámbito diferenciado de la vida social otorgó un espacio de intervención política a los intelectuales no necesariamente articulado a los partidos políticos. Ambos principios fortalecieron la visión de la universidad como actor político.

En segundo lugar, y como señalamos oportunamente, los cuestionamientos y limitaciones a esta visión estuvieron presentes en los años iniciales de la reforma tanto de parte de los sectores conservadores como desde las propias filas reformistas. En rigor, y como señala Silvia Sigal en ya clásico libro sobre intelectuales y poder en la Argentina, la constante inestabilidad institucional de las universidades transformó la identidad reformista en aquel núcleo de sentido que abroqueló a amplias capas de intelectuales universitarios como forma de resistencia frente a la intervención del peronismo primero, y que intentó desplegarse como proyecto modernizador no sin contradicciones en el período posterior.

En tercer lugar, el proceso de radicalización política de amplias franjas de intelectuales universitarios que recorren las décadas del sesenta y setenta marca el punto de agotamiento de esta forma de intervención intelectual. Así, el surgimiento de la figura del especialista primero y la del intelectual orgánico después si bien coincidirían en la valoración de la universidad como actor político, plantearía una relación diferente entre intervención intelectual y acción política que oscilaría entre la modalidad de “consejero del príncipe” y del “intelectual militante”. La revisión crítica de las experiencias políticas, la profesionalización académica y los procesos de producción intelectual que se desarrollan en el período dictatorial delinearían las nuevas configuraciones intelectuales durante los años de la transición democrática.

Una reflexión aparte merecen las tendencias de tecno-burocratización de la política y de mercantilización del conocimiento. Ciertamente, la presencia de especialista en el diseño y construcción de la política no es nueva como tampoco lo es el movimiento de pasaje o circulación de intelectuales del campo académico al campo burocrático, tendencias que si bien varían según las disciplinas podemos encontrarlas desde los liberales reformistas en adelante. Quizás la novedad más importante que traen aparejada estos cambios sea la nueva relación que establecen entre la producción de conocimiento y decisiones políticas que marca la emergencia de un nuevo tipo de intelectual que algunos autores denominan “tecno-político”, mientras que otros prefieren la denominación de “analista simbólico” (BRUNNER, 1996; CAMOU, 1999).

Con independencia de las diferencias conceptuales, lo cierto es que la complejización y diferenciación de las funciones de gobernación social se manifiesta en el centralidad que adquieren los intelectuales-expertos ya no solo en el diseño de las políticas sino en la difusión de ideas y generación de consensos sobre las orientaciones de política. En este sentido, la preocupación remite a la tendencia de mercantilización del conocimiento que un contexto de un débil profesionalización académica y de bajas remuneraciones en las universidades no solo acentúa el estado disponibilidad (situación de mercado) de intelectuales universitarios sino que restringe los márgenes de la relativa autonomía que supone aun los nuevos analistas simbólicos.

Por último, digamos que la cuestión de la relación entre intelectuales y política sigue, y seguramente seguirá siendo, un tema de debate en el conjunto de las ciencias sociales. Las tendencias y procesos recientes han motivado diferentes intervenciones que si por un lado, coinciden en considerar como un avance el abandono de la hiper-ideologización de los intelectuales característico de los sesenta y

setenta (Torre, 2004), por otro lado ven con preocupación la falta de compromiso político que conlleva la profesionalización académica y la sobre especialización (SVAMPA, 2007).

Desde mi punto de vista, creo que los intelectuales de cualquier disciplina, tenemos una responsabilidad social que supone un compromiso político con independencia de si ese rol se realiza en la cátedra universitaria, en un gabinete de investigación o en una oficina ministerial. Todos estos lugares están atravesados por contradicciones constitutivas de la función intelectual que hace tiempo señalaran Max Weber, Antonio Gramsci y Pierre Bourdieu. Nada es puro, ni ninguna acción deja de tener consecuencias pero es en esa autoafirmación de esa responsabilidad que los intelectuales pueden realizar su aporte (pequeño seguramente pero necesario) a la discusión pública de los problemas sociales.

Referencias

- ALTAMIRANO, C. **Intelectuales. Notas de investigación**. Buenos Aires: Edit. Norma, 2006.
- ALTAMIRANO, C. **Para un programa de historia intelectual y otros ensayos**. Buenos Aires: Siglo XXI Editorial, 2005.
- ALTAMIRANO, C. Régimen autoritario y disidencia intelectual: la experiencia argentina. In: QUIROGA, H.; TCACH, C. (comp.). **A veinte años del golpe. Con memoria democrática**. Rosario: Homo Sapiens, 1996.
- BAUMAN, Z. **Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales**. Bernal: Universidad Nacional de Quilmas, 1995.
- BEN-DAVID, J. **El papel de los científicos en la sociedad**. México: Ed. Trillas, 1983.
- BOURDIEU, P. Campo intelectual, campo del poder y habitus de clase. In: **Campo del poder y campo intelectual**. Buenos Aires: Folios Ediciones, 1983.
- BOURDIEU, P. Campo intelectual y proyecto creador. In: AA.VV. **Problemas del estructuralismo**. México: Siglo XXI, 1967.
- BRUNNER, J. J. Investigación social y decisiones políticas. El mercado de conocimiento. **Revista Nueva Sociedad**, n. 146, p. 108 – 121, nov./dic. 1996.
- BUCHBINDER, P. **Historia de las universidades argentinas**. Buenos Aires: Edit. Sudamericana, 2005.
- CAMOU, A. Los consejeros del Príncipe. Saber experto y política en los procesos de reforma económica en América Latina. **Revista Nueva Sociedad**, Caracas, n. 152, 1999.
- CHIROLEU, A. "La reforma universitaria", en Falcón, R. (dir.). **Democracia, conflicto social y renovación de ideas (1916-1930)**. Nueva historia argentina - Tomo VI. Buenos Aires: Edit. Sudamericana, 2000.
- COSER, L. **Hombres de ideas. El punto de vista de un sociólogo**. México: FCE, 1968.
- FOUCAULT, M. La gubernamentalidad. In: AA.VV. **Espacios de poder**. Madrid: Edit. La Piqueta, 1991.
- FOUCAULT, M. **Nacimiento de la biopolítica**. Buenos Aires: FCE, 2007.
- GRACIANO, O. **Entre la torre de marfil y el compromiso político. Intelectuales de izquierda en la Argentina 1918-1955**. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmas, 2007.
- GRAMSCI, A. **Los intelectuales y la organización de la cultura**. Buenos Aires: Nueva Visión, 1997.
- HALPERÍN DONGHI, T. **Una nación para el desierto argentino**. Buenos Aires: CEAL, 1997.
- LESGART, C. **Los usos de la idea de transición a la democracia**. Rosario: Homo Sapiens Ediciones, 2003.
- MANNHEIM, K. El problema de la 'Intelligentsia'. In: **Ensayos de sociología de la cultura**. Aguilar, Madrid, 1962.
- MERTON, R. **La sociología de la ciencia**. Madrid: Alianza, 1977.
- NEIBURG, F. y PLOTKIN, M. **Intelectuales y expertos. La construcción del conocimiento social en la Argentina**. Buenos Aires: Paidós, 2005.
- PALTI, E. (comp.) **Giro lingüístico e historia intelectual**. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmas, 1998.
- PLOTKIN, M. **Mañana es San Perón. Propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista (1946-1955)**. Buenos Aires: Ariel, 1993.
- POCOCK, J. G. A. Historia de las ideas: un estado del arte. **Prismas - Revista de historia intelectual**, n. 5, 2001.
- PORTANTIERO, J. C. **Estudiantes y política en América Latina**. México: Siglo XXI, 1987.
- PREGO, C.; ESTEBANEZ, E. Modernización académica, desarrollo científico y radicalización política. In: Krotsch, P. (Org.) **La universidad cautiva. Legados, marcas y horizontes**. La Plata: Edit. Al Margen, 2002.
- PRONKO, M. La universidad en el parlamento peronista: reflexiones en torno al debate de la Ley 13.031. In: CUCUZZA, R. (dir.) **Estudios de la educación durante el primer peronismo 1943-1955**. Buenos Aires: Edit. Los libros del riel, 1997.
- SÁBATO, H. Sobrevivir en la dictadura: ciencia sociales y la universidad de la catacumbas. In: QUIROGA, H.; TCACH, C. (comp.). **A veinte años del golpe. Con memoria democrática**. Rosario: Homo Sapiens, 1996.
- SIGAL, S. Intelectuales y peronismo. In: Torre, J.C. (dir.) **Los años peronistas (1943-1955)**. Nueva historia argentina Tomo VIII. Buenos Aires: Edit. Sudamericana, 2002.
- SIGAL, Si. **Intelectuales y poder en la década del sesenta**. Buenos Aires: Ed. PuntoSur, 1991.
- SUASNABAR, C. "Revista Perspectiva Universitaria: Voces disidentes en dictadura". In: Kaufmann, C. (comp.). **Educación y Dictadura. Universidad y Grupos Académicos Argentinos (1976-1983)**. Tomo 1. Madrid: Miño y Dávila Editores, 2001.
- SUASNÁBAR, C. **Universidad e intelectuales: educaci-**

ón y política en la Argentina (1955-1976). Buenos Aires: Manantial/FLACSO. 2002.

SUASNÁBAR, C. **Intelectuales-funcionarios y organismo internacionales en tiempos de dictaduras**: del desarrollismo a los "estilos de desarrollo" en educación. Ponencia presentada en el VII Congreso Iberoamericano de Historia de la Educación Latinoamericano, Buenos Aires, 30, 31 de octubre, 1 y 2 de noviembre. 2007.

SUASNÁBAR, C. **Universidad e intelectuales. Educación y política en la Argentina. (1955-1976)**. Buenos Aires: Manantial/FLACSO, 2002.

SVAMPA, M. Hacia un nuevo modelo intelectual? **Ñ Revista de Cultura**, n. 209, Clarín, Buenos Aires, 29 de septiembre 2007.

TEDESCO, J. C. **Educación y Sociedad en la Argentina (1880-1945)**. Buenos Aires: Ed. del Solar, 1993.

TERÁN, O. **Vida intelectual en Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la "cultura científica"**. Buenos Aires: FCE, 2000.

TOCQUEVILLE, A. **El antiguo régimen y la revolución**. Madrid: Editorial Guadarrama, 1969.

TORRE, J. C. Los intelectuales y la experiencia democrática. In: NOVARO, M.; Palermo, V. (comp.). **La historia reciente. Argentina en democracia**. Buenos Aires: EDHASA, 2004.

WEBER, M. **El político y el científico**. Buenos Aires. Edit. Prometeo, 2003.

WILLIAMS, R. **Marxismo y Literatura**. Barcelona: E. Península, 1980.

WILLIAMS, R. **Sociología de la Cultura**. Barcelona: Edit. Paidós, 1994.

ZIMMERMANN, E. **Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina 1890-1916**. Buenos Aires: Edit. Sudamericana/Univ. de San Andrés, 1995.

Recebido em 10/04/2009

Aceito em 02/06/2009